

Es muy frecuente en los viejos, recordar con fruición sus *buenos tiempos*, y al hacer la comparación con los presentes, sacar la triste consecuencia de que no hay ya belleza en las mujeres, ni en los hombres ingenio, ni *sprit* en la conversación, ni animación en las fiestas, ni vida, en fin, en la sociedad madrileña; y cuando por acaso se les cita una hermosa espléndida, os contestan: ¡ah; si hubierais conocido á Eugenia Montijo, más tarde Emperatriz de Francia ó á Sofía Valera, después duquesa de Malakoff! ¡Si hubierais visto á María Bushental, en cuyo honor teja coronas el ingenio!

Y dando rienda suelta á los recuerdos, os hablan de las tertulias literarias del marqués de Molins, de donde salió un periódico originalísimo que llevaba por título *El Belén*, y del que fueron redactores los más ilustres literatos de aquel tiempo; os ponderan el salón de la condesa de Velle, madre del actual poseedor de dicho título, gran amiga y protectora de los artistas; ó bien el de la duquesa de Rivas, á cuyo alrededor se congregaban todos los Saavedras, en cuya familia parece haber impreso huella el genio del inmortal autor del *don Alvaro*.

—Pero vamos á cuentas, contestamos nosotros á esos melancólicos adoradores del recuerdo, ¿es que en estos diez años no se han celebrado fiestas magníficas, no han brillado hermosuras espléndidas y no han lucido su ingenio literatos eminentes? Y atropelladamente vienen á la memoria las cenas de Noche Buena, servidas en pequeñas mesas en el hotel de la duquesa de la Torre; ¿no era aquello un concurso de hermosuras? En aquel saloncito, presidido por un hermoso retrato de Wilthevalter, ¿no lucían en todo su esplendor: Carmen Fontanar, hoy condesa de San Luis; Concha Serrano, condesa de Santovenia; Leticia Bueno, hoy condesa de Agrela; Matilde Scholtz, hoy marquesa de Ivanrey; su hermana la señora de Iturbe; Rosario Luque, señora de Moreno; Mercedes Moltó, hoy señora de Pérez Caballero; Clarita Lengó y tantas más?

En el palacio de Santoña, después de muerto el duque, todavía se han celebrado cenas magníficas presididas, por las señoritas de Heredia, nietas de la duquesa.

El marqués de Casa Jiménez ha celebrado también en su palacio las fiestas de Noel, con grandes cenas, precedidas de la misa del Gallo; y lo mismo el marqués de Cubas y el marqués del Busto y muchos otros.

Mas las que merecen capítulo aparte entre las cenas de Noche Buena verificadas recientemente son: las de la marquesa de Squilache, duques de Denia y marqueses de Viana y de Vistabella.

La Capilla bizantina del gran palacio de Denia, se iluminó espléndidamente hace dos años para que en aquel artístico recinto, obra maestra de Mérida, otros artistas eximios interpretaran hermosas páginas musicales, para festejar el misterio del Nacimiento del hijo de Dios.

En el hotel de los marqueses de Vistabella, hace cuatro años, cuando todavía la muerte no había herido con despiadada crueldad á la hermosa americana que vió desaparecer en poco tiempo á dos de sus hijos, también se celebraron cenas de Noche Buena; en la última de las cuales figuraron entre la concurrencia el ilustre hombre público don Antonio Cánovas, con su bella señora, el marqués del Pazo de la Merced y el conde Montarco, que tardaron poco en seguir á la tumba á su insigne jefe; y literatos como Castro y Serrano, Ricardo de la Vega, Javier de Burgos, Ferrari y Grilo, los que frecuentaban aquella morada, donde siempre tuvieron puesto preferente la literatura y el arte. Pero al lado de la marquesa de Vistabella y de sus hijas, las dos señoritas de Barrios, no era preciso festejar la *Noche Buena*, para que las veladas resultasen siempre encantadoras.

El año anterior, en vez de la capilla bizantina de los duques de Denia, el oratorio gótico de los marqueses de Viana; en vez de los modernos esplendores del palacio de la plaza de Colón, las antiguas riquezas de la que fué señorial morada de los duques de Rivas; cambió la decoración y en parte también la concurrencia, entre la que apercibió por vez primera una *estrella* de los salones aristocráticos, la señorita de San Bernardo,

hija de los duques de Monteleón, heredera dignísima de una estirpe de hermosuras.

La marquesa de Squilache es la única dama que no ha interrumpido la costumbre de obsequiar á sus amigos con espléndida cena la víspera de Navidad. Desde que, al contraer matrimonio con don Martín Larios, se instaló en las magníficas habitaciones del palacio de Villa hermosa, fronteras al derruido de los Medinacelis, solamente durante el luto de su viudez dejó de festejar la Noche Buena.

Este año, pues, como los anteriores, se han dicho en aquel elegante oratorio las tres misas de rúbrica, y ante la imagen del Niño Dios, colocada sobre un montón de encajes y brillantes, se han prosternado el Capitan General de Madrid, los Generales Martínez Campos, Echagüe y Borbón, las marquesas de la Laguna, Coquilla, Tenorio, señora de Marín, señorita de Caicedo, condesas de Candilla y de Requena, y otras muchas aristocráticas damas y elevados personajes.

La entrada del nuevo año tampoco se ha festejado como en aquellos tiempos, no muy lejanos todavía, en que los marqueses de Hoyos, congregaban á la sociedad aristocrática en su palacio de la calle del Amor de Dios, y al sonar la primera campanada de las doce, una gentil Señorita rompía con sus delicadas manos un precioso globo de raso blanco, de cuyo fondo rosa comenzaban á salir multitud de regalos, con que la juventud se obsequiaba mutuamente, lanzándose animada y bulliciosa á las vueltas alegres de un brillante cotillón; ó bien aquellos otros en que la misma sociedad acudía á la invitación del Embajador de Inglaterra, cuyos salones estaban adornados con ramas del árbol clásico, bajo las que, siguiendo antigua costumbre británica, puede depositarse un beso en el rostro de la dama que uno tenga á su lado, al sonar las doce campanadas que separan el viejo del nuevo año; costumbre no aclimatada, por desgracia, entre nosotros, que tantas cosas peores copiamos del extranjero.

Este año, solamente en la Embajada de Alemania se celebró, bailando, la entrada del 1899; pero fué tan íntima la fiesta que acaso no llegaran á dos docenas las parejas que se deslizaron por el brillante *parquet* del lindo *hall* de la Embajada.

MONTECRISTO



Mtro. ANTONIO LLANOS (Madrid).

Autor de la pieza musical que acompaña á este número.

LIBROS PRESENTADOS Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

LLUHERNAS. — Lindo tomo de poesías escritas en dialecto catalán, por M. Marinello. — Con pocos poetas que sintiesen y pensasen como el señor Marinello (A. Llimoner), y que como él acertaran á expresar, con tanta valentía como inspiración, pensamientos unas veces profundamente filosóficos y otras humanos y tiernos, la poesía no estaría llamada á desaparecer, como algunos se empeñan en sustentar, sino á fines altamente moralizadores y trascendentales. Nuestra sincera felicitación al autor. — Precio del ejemplar: una peseta.

OBRAS ESCOGIDAS DE DON ANTONIO DE TRUERA. — Esta hermosa y completa colección de obras del autor de *Cuentos de rosa* que en tomos en 8.º de más de 700 páginas, acaba de publicar la casa Hijos de Miguel Guijarro, de Madrid, merece en verdad el aplauso sincero de todos los amantes de la literatura. Agotadas las obras de Trueba y reproducidas subrepticamente á otros idiomas, sólo verdaderas á ellos podían leerse hoy en la patria de su eminente autor. La casa Guijarro, poseedora de algunos libros inéditos de Trueba, los publica hoy con los agotados, elegantemente impresos y al precio de 4 pesetas, casi inverosímil, dadas las proporciones de los ejemplares. Nada decimos de la hermosura del texto, porque el sólo nombre de su autor, á quien hoy erigen una estatua sus co terráneos, es garantía sobrada para el público.

SUMARIO DEL NUMERO PROXIMO

CUBIERTA EN COLOR; de Manuel Cusi.

¡Viva el agradecimiento! Caricaturas de Fradera.

PÁGINAS EN COLOR. — *La vida*; artículo de A. Riera, ilustrado por José Passos. *Decorativa*; por Fernando Xumetra.

El carnaval en los salones; por Arturo Serifiá.

Alegoría del carnaval; composición y dibujo de B. Gill Roig.

PÁGINAS EN NEGRO: Emilio Aceval. — *Presidente de la República del Paraguay*.

— Retrato y artículo biográfico, de Vidal Aparicio.

La mejor corona. Poesía de Salvador Carrera.

Huyendo del perejil. Artículo de Teodoro Baró.

Cabeza de estudio; por José M.ª Xiró y T.

Tentación. Artículo de Jacinto Octavio Picón.

Primavera. Facsímiles de abanicos pintados por Salvador Viniestra.

Otoño.

El último amigo. Artículo de Miguel Alderete González.

El final de Carmen. Cuadro de César Alvarez Dumont.

Andaluces ilustres. Retratos y artículo biográfico de M. Escalante Gómez.

Belé. Novela de Luis de Val, ilustrada por José Cuchy.

MOZAICO.

REGALO. — *Gavota* para piano; original de Federico Alfonso.

Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria.

Impreso por F. Giró. — Papel de Torres Hermanos, Sucesores. — Litografía Labiella.



LA VIDA

I

GRANDE y espesísima selva se extiende ante mí. Un riachuelo, par-tiéndola en dos, la fecunda. Los árboles entrelazan en lo alto sus ramas, formando red inextricable que apenas permite el paso de la luz. En el suelo, las plantas y los arbustos dificultan á trechos el paso y á trechos lo impiden en absoluto. Pájaros de toda especie, insectos de todas las familias pueblan el aire; saltan de rama en rama ó revolotean entre los troncos ó se paran sobre las florillas silvestres. Reptiles y cuadrúpedos se arrastran ó corren por el suelo. Plantas trepadoras suben por los añosos troncos, revistiéndolos de pomposo ropaje. Los arbustos están cargados de fruto.

Estoy en plena naturaleza. La Vida brota por doquier, con exuberancia indescriptible. Quiero formar cabal concepto de ella. Vean los ojos, oigan los oídos y trabaje la razón.

Entre dos ramas de un mismo árbol hay tendida una tela de araña. Fuertes y sutiles hilos la ligan á la madera. En una de las ramas, con la pata apoyada en uno de los hilos, hay una araña, gruesa, esférica, pintado el cuerpo de rojo y amarillo. Está inmóvil. De repente, vibra el hilo en que apoya una de las patas. Lentamente, con infinitas precauciones, la araña, inimitable funámbulo, pasa por el hilo y va al centro de la tela. Allí hay una mosca que se ha enredado en la malla. Zumba, al verse prisionera y sacude la red. Vanos esfuerzos, que sólo sirven para aprisionarla más. Pero la araña la ha visto. Es de suponer que va á libertarla á la cautiva. A ella se acerca. La toca delicadamente con la pata. La mosca abre las pinzas formidables. ¿Ha llegado el instante de la liberación? No; lo que sucede es una cosa inaudita. Aquellas pinzas han herido en vez de salvar. La mosca ha muerto, y su asesino chupa la sangre del cadáver.

No soy yo solo quien ha visto aquel crimen. Un pájaro lo ha presenciado, desde una rama cercana. Abre las alas, vuela, pasa rasando la tela-raña y de un picotazo atrapa al insecto. ¿Ha hecho justicia? Creo que no. Lo que ha hecho es una nueva barbaridad. A su vez, se come araña y mosca. Pero, ¿por qué se para tembloroso? ¿Por qué mira desde la rama al suelo? Es que, junto al tronco del árbol, aparece la cabeza de una serpiente. El reptil fascina al pájaro, asciende poco á poco, casi le toca con sus abiertas fauces. Quiere el pájaro volar. El miedo le hace caer. La serpiente alarga con rapidez la cabeza, coge al pájaro, cierra la boca, y lentamente parece que un grueso anillo baje de la cabeza al estómago. Satisfecha ó harta la serpiente, se arrolla sobre el suelo y queda inmóvil. De repente, á poco trecho, crujen las ramas bajas de un arbusto, y asoma la cabeza viva y feroz de un felino. La serpiente conoce el peligro; levanta la cabeza; busca la dirección que el felino trae; pero éste se ha lanzado sobre ella con rapidez, y antes de que pudiera apercibirse á la defensa, ha sido destrozada de un zarpaço.

En un momento he presenciado cuatro asesinatos. Empiezo á creer que la vida no es como la imaginaba.

En el mundo vegetal deben ocurrir cosas muy distintas. Veamos. Crecían en un claro de la selva varios arbustos, lozanos y pomposos, cuando el viento llevó allí la semilla de un roble. La semilla germinó. Sus

raíces libraron debajo del suelo tremenda batalla contra las raíces de los arbustos. Estos fueron vencidos. El tronco del roble creció robusto, y sus adversarios murieron. La tierra no podía sustentar al mismo tiempo á uno y otros. Una violeta tiene clavada la espina de una zarza que crece á su lado, y la flor ha muerto de la herida. Los arbustos agostan la hierba que crece á su alrededor. Los árboles matan á los arbustos. La yedra y las lianas no enlazan amorosamente á los árboles que les sirven de apoyo, sino que les estrechan con abrazo de muerte. Debajo del suelo se libran encarnizadas batallas, tan feroces y desastrosas como las que sostienen los animales. El rumor confuso, continuo, que se escapa de la selva, no es un canto de gloria y de vida, sino de dolor y de muerte.

En el seno de la naturaleza, la propia vida se sustenta con la muerte ajena. El espectáculo dista mucho de ser consolador.

II

Los organismos vegetales y los de especies inferiores de la escala zoológica, ofrecen tremendo ejemplo. El hombre, constituido en sociedad, de seguro ha logrado substraerse á las leyes naturales, que no son nada clementes.

III

Más allá de la selva hay campos cultivados; detrás de los campos, hay una vega preciosa, y en el centro de la vega, por ella ceñida como por cinturón cuajado de esmeraldas, una ciudad.

Antes de penetrar en ella, de ella separados buen trecho, advierto tres edificios de grandes dimensiones. Uno de ellos parece una fortaleza, según lo recios que son sus muros y lo altas y estrechas y enrejadas que están las ventanas. Otro parece una fábrica. De su recinto se escapan voces infantiles; pero todas esas voces tienen un acento especial, como velado. Diríase que les faltan esas voces tienen un acento especial, como velado de los niños. Del tercer edificio, salen á menudo coches mortuorios. Por las aberturas se escapan esos olores fuertes que tienen casi todos los desinfectantes. Antes de entrar en la ciudad, con sólo ver aquellos edificios,

saber su objeto y el cúmulo de miserias que encierran, queda apenado el ánimo. Aquellos edificios se llaman la Cárcel, el Hospicio, el Hospital. Entremos. Un centinela deja franco el paso. Al atravesar el umbral, me recuerda mi guía el famoso terceto:

Per me si va nella città dolente,
Per me si va nel eterno dolore,
Per me si va tra la perdutta gente.

—Aquí están recluidos más de dos mil hombres. Aquellos que en el rostro llevan retratadas la ferocidad ó la estupidez, de torva mirada, de atlética complexión ó desmirriados y entecos, son los asesinos; son los que han matado á sus semejantes, como el pájaro mató á la araña en mitad de la selva. Esos otros de cara astuta y cautelosa mirada, que no se fija nunca, son los ladrones, los que eluden la ley del trabajo que deben acatar todos los hombres, los que se apoderan, por la astucia ó por la fuerza, de lo que no les pertenece. Los de aquel otro departamento, son estafadores, rateros, camorristas, toda gente nociva á sus semejantes, plantas que viven desarraigadas, organismos enfermos, capaces de contagiar la sociedad entera. Y aquí dentro, purgan sus culpas y viven sin gozar de la vida, y siendo seres libres, carecen de libertad.

Salimos de aquel antro. —Este es el Hospicio. Todos esos muchachos han sido abandonados por sus familias ó no las han conocido nunca. Hijos del acaso ó de la pobreza, limpios de toda culpa, tienen que padecer por las ajenas. Sometidos á un régimen de hierro, tienen comida, pero no cariño; tienen cama, pero no la mano maternal que les arroje; reciben instrucción — ¡cuán excesa! — pero ignoran los usos del mundo que les ha arrojado de su seno; tienen compañeros, pero no amigos, que la amistad no brota en ese terreno estéril y desolado; son hombres, pero no han sido niños; mueren como los demás hombres, pero no han vivido. Por eso no brilla nunca la

sonrisa en sus caras; por eso es siempre empañada su mirada; por eso en sus pobres rostros descoloridos se refleja de continuo la tristeza interna. Viven, y su vida no alegra á nadie; mueren, y su muerte á nadie entristece. ¿Hay en la selva espectáculo tan horrible?

Largo rato después de salir del asilo, veían todavía mis ojos aquellas hileras de caras terrosas, tristonas, sin expresión, con los ojos enrojecidos por las oftalmías y las frentes deprimidas por la imbecilidad, que en aquel sitio reviste caracteres epidémicos.

—Este es el Hospital. Aquí llegan los naufragos de todos los mares, los heridos de todas las batallas, los desamparados de todo el mundo. Ninguno de esos desdichados tiene techo que le cobije, médico que le remedie, mujer que le cuide, amigo que le conforte, hijo que le consuele. Todos viven en el seno de la sociedad como en el centro de un desierto. Como los animales salvajes tienen que estar siempre en acecho, siempre apercebidos á la lucha. Máquinas en ajenas manos, cuando la enfermedad les asalta, sobre estas camas numeradas deben tenderse; desde que los hacen, dejan de ser hombres, y se convierten en un número; manos mercenarias les cuidan; y no pueden, al morir, repasar la mirada sobre rostros ó cosas que les fueron familiares, sino que vaga, alelada por el espanto, en busca de lo desconocido. Los que no mueren, hallan aquí remedio, no afecto; reposo, pero no calma; alimento para el cuerpo, no para el alma, que de él está sedienta.

Terminaba el día. El sol se ocultaba en Occidente. Aquella muerte temporal que luego se trocaría en vida radiosa, al parecer de nuevo por Oriente, daba la clave de la Vida, siempre nutriéndose de la Muerte, acabando eternamente y renaciendo poderosa á cada instante, creando el mal y el bien, la claridad y la sombra, y abarcando en su síntesis, así los desmedidos espacios siderales que median de sol á sol, de planeta á planeta, como los espacios tampoco medidos que separan el átomo del átomo.

A. RIERA



EL GRAN CARDENAL

Pocos hombres públicos presenta la historia política de nuestra patria, á la altura del que origina este pequeño artículo.

Nacido en humilde cuna y modesto religioso de San Francisco, logró ocupar los más altos puestos de la Monarquía, sin más recomendaciones que su propio mérito, que supo reconocer y utilizar la excelsa Reina Católica, cuyo favor mereció toda su vida, pagándola con inalterable gratitud, y el más respetuoso cariño á su memoria. Entusiasta admirador de las instituciones, cuyo brillo y aumento procuraba ante todo y sobre todo, era tan enemigo de las franquicias y pretensiones exageradas de la ambiciosa y turbulenta nobleza, como de los fueros y libertades de los pueblos; no queriendo transigir con nada que tendiera á rebajar en lo más mínimo los derechos é inmunidades de la regia potestad.

Elevado á la más alta dignidad de la Iglesia española, no llegó jamás á envanecerse ni á hacer alarde de la suntuosidad inherente á tan suprema jerarquía. Tanto en su palacio arzobispal de Toledo, como en los alcázares regios donde con frecuencia se vió obligado á residir, vivió según había antes vivido en la oculta celda de su convento. En la aparatosa mesa que por razón de su destino no podía prescindir de sustentar, nunca se puso para él más plato que el que contenía la ración de un simple religioso de su Orden; gastando las grandes rentas del Arzobispado en obras de caridad, aumento del brillo y esplendor del culto divino en las iglesias pobres, y en la protección á las ciencias y á las artes.

En el corto período de la regencia demostró Cisneros cuánto puede hacer en beneficio de la patria un hombre de genio, integridad y desinterés; prendas desconocidas, por lo común, entre los gobernantes de nuestros días. Arregló la desordenada administración pública, en cuanto le fué posible hacerlo, en una época de concusión y de padrinazgo por parte de los más altos poderes. A fin de contar en cualquier caso y momento con una fuerza armada, aguerida y disciplinada, organizó los cuerpos de ejército permanente, en substitución de las milicias comunales y de los contingentes presentados por los señores feudatarios de la corona, cuyas tropas sólo se llamaban en caso urgente de guerra; gente cuya fidelidad era muy problemática durante la lucha, y cuya conducta producía trastornos y tropelías de todo género, cuando se quedaban sin colocación, y por consiguiente, sin medios de subsistencia.

Aunque se hallaba ya en la avanzada edad de 80 años, su alma era joven y sus

facultades intelectuales no experimentaban la más leve alteración; permitiéndole concebir ideas y formular planes propios de un varón político y guerrero, en todo el vigor de la edad madura. Por esto se encontró con fuerzas suficientes para ponerse á la cabeza de un ejército y pasar á Africa, donde, en muy poco tiempo, se hizo dueño de la importante plaza de Orán; iniciando así el gran pensamiento de su inolvidable protectora. Aquel primer y favorable ensayo debió causarle viva satisfacción; y á haber vivido más tiempo, de seguro no se hubiera limitado á él la extensión de sus conquistas.

Entre las fundaciones que llevó á cabo, estimulado por su ardiente amor á la religión y á la ciencia, digna es de eterna memoria y del esplendor de su nombre, la de la magnífica Universidad de Alcalá de Henares, émula de la salmantina, y cuya supresión es uno de los muchos borrones que manchan nuestra historia contemporánea.

Y al lado de este monumento, consagrado al cultivo de las letras divinas y humanas, en el siglo de oro de la cultura española, aparece, como complemento de la gloria del Cardenal, otro monumento artístico-literario, cual es la publicación de la *Biblia Poliglota*, obra colosal que admira aún á los sabios europeos, llevada á cabo á costa de inmensos gastos y de incalculables desvelos, y cuya parte material no se atrevería á hacer hoy la más poderosa casa editorial del mundo, á pesar de los adelantos en el arte de Guttenberg, arte que entonces sólo contaba medio siglo de existencia.

La muerte, originada más por la pesadumbre y los disgustos que la ingratitude del Soberano le produjeron, que por su avanzada edad y achaques; la muerte que le sorprendió en la villa de Roa el día 8 de Noviembre de 1517, cuando salía al encuentro de Carlos I, que, procedente de Bruselas, regresaba á España para encargarse del mando tan reiteradamente renunciado por el Cardenal; la muerte ahorró al sabio Francisco Jiménez de Cisneros el sentimiento de conocer los agitados y torpes principios del nuevo reinado, y los trastornos ocasionados por la desacertada marcha que siguieron los Ministros del inexperto monarca. Tal vez el Regente, con su tino, su experiencia y sus prudentes consejos, hubiera evitado los males que atrajo sobre el país la lucha civil de las *Comunidades de Castilla*.

LUIS VEGA - REY

EMILIO ACEVAL

PRESIDENTE DE LA REPUBLICA DEL PARAGUAY

QUIÉN es Emilio Aceval? nos preguntaba días atrás un distinguido americanista que se halla de paso en Barcelona.

«Pues es... le respondimos, un modestísimo ciudadano del Paraguay que debe cargar en cuenta á su modestia la ignorancia que usted tiene de su persona; pero, afortunadamente, va usted ahora á París, y allá encontrará á don Eusebio Machain, el respetable diplomático paraguayo, representante de su país en Francia, España é Inglaterra, el cual, entusiasta por todo lo que á su patria se refiere, dirá á usted mejor que nosotros *quién es el nuevo Presidente del Paraguay*.»



Joven, ingeniero ilustradísimo, caballero hasta no poder serlo más, hombre de grandes virtudes cívicas y de grandes virtudes morales, trazada en forma ligerísima, la simpática

silueta del actual Presidente del Paraguay. Discípulo en la niñez del sabio y virtuoso Padre Maiz, á los trece años se batía por su patria contra tres naciones en la célebre guerra de la *alianza*, y á los cuarenta apenas, érale ya confiada la cartera de Guerra y Marina por el anterior Presidente, general don Juan B. Egusquiza. Hoy cuenta el señor Aceval cuarenta y cuatro años, y es, si el repaso que hacemos á la memoria no nos engaña, el gobernante más joven de América.

« Iré al poder, ha dicho el nuevo Presidente, á gobernar con todos mis compatriotas íntegros, capaces y de buena voluntad, sin fijarme en su bandera política.

» Tengo por axioma, y no sin fundamento, que la obra de la reconstrucción nacional requiere la mayor suma posible de energía intelectual, la mayor prudencia en la elección de los medios, y un esfuerzo común del patriotismo.

» Mi administración comunicará un fuerte impulso á la producción agrícola, protegiendo su desarrollo, y multiplicando los medios de mejorar su calidad.

» Nuestro fértil territorio ofrece ancho campo á la actividad agrícola, y mi gobierno llamará con predilecto interés al colon que lo cultive y le haga producir. No hemos de olvidar que el asombroso adelanto de algunos pueblos de América, que parecen estar llamados á prodigiosos destinos, débese al concurso del extranjero.

» El secreto de nuestra fuerza material está en la colonización. Es el inmigrante quien levantará al Paraguay, regenerado y potente, de la postulación en que cayó. Convencido de esta verdad, mi administración ofrecerá segura vía á la corriente de la inmigración europea.

» Y si tengo por cierto que sin la colonización, al Paraguay le será harto difícil levantarse de su ruina, no lo tengo por menos que nuestra fuerza intelectual debemos buscarla en las escuelas.

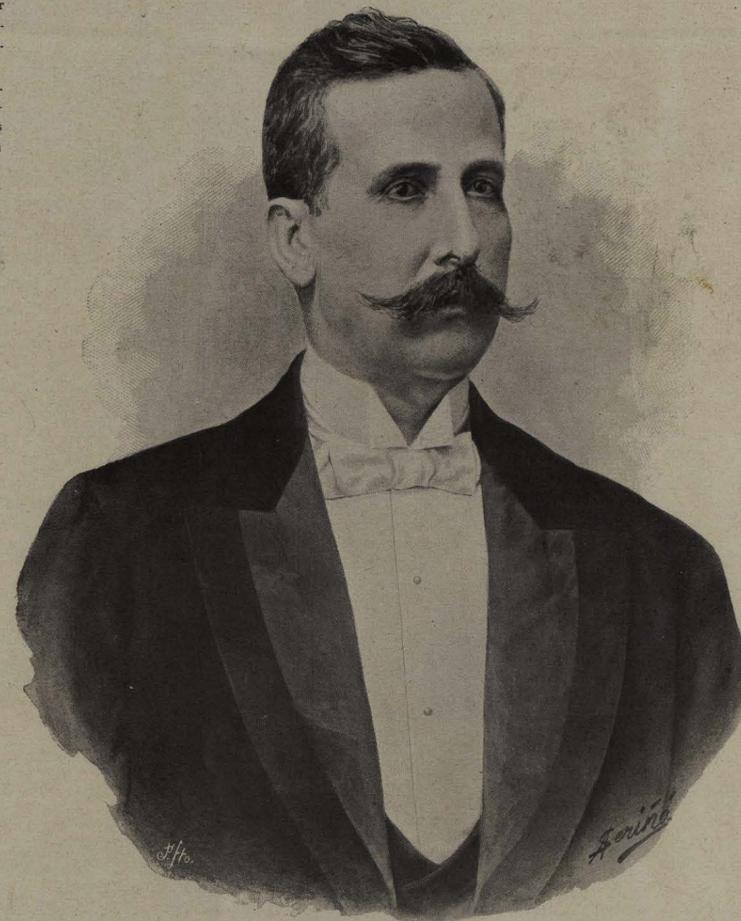
» Mi gobierno mejorará la instrucción primaria y completará la superior... El niño de hoy es el ciudadano del porvenir, y el Paraguay no será libre de verdad mientras no salga de la ignorancia.»

Ideas tan hermosas como las que dejamos copiadas reflejan con claridad el carácter del gobernante, sus anhelos patrióticos, su decisión y franqueza; cualidades de gobierno que más que en ninguna otra parte del mundo son necesarias para gobernar en nuestros pueblos de América. Y junto á esto, representa también la Presidencia de Emilio Aceval una garantía firmísima de las creencias del pueblo paraguayo; ese pueblo heroico que, según la fiel expresión de un escritor de aquel país, «en los días tristes de su gran infortunio histórico, salvó incólume la fe de sus mayores, para soportar las más grandes desgracias y esperar su regeneración y porvenir.»

El 25 del pasado Noviembre, día mismo, que el Paraguay celebra el aniversario de la jura de su Constitución, el general Egusquiza hizo entrega del mando supremo de la nación á Emilio Aceval, quien creemos seguro continuará la política seguida por su ilustre antecesor, tan fecunda en beneficios para el país.

Llega al poder, el nuevo Presidente, rodeado de una verdadera aureola de popular simpatía, en medio de una paz que no empaña la más ligera nube; y su proclamación unánime, tranquila, sin ni siquiera pequeños incidentes, como no se acostumbra ni se conocen en América, hácenos creer que muy en breve veremos al Paraguay de hoy, no al Paraguay de los Francia y de los López, sino al Paraguay de los Caballero, de los Escobar, de los Egusquiza, de los Aceval... caminar por verdaderos derroteros de prosperidad y grandeza; destruyendo con sus hechos, con su liberal hospitalidad americana, la leyenda, aun no desaparecida en Europa, de sus misterios, semejos á los misterios chinos, con sus murallas infranqueables, sus selvas vírgenes, sus desiertos fantásticos, sus grandes ríos inexplorados, sus *indómitos gubia-riús*, sus *guaraníes ferocísimos*... ¡y hasta sus *tobas del Chaco*!

Por esto, satisficémos en tanta escala la designación de Aceval; porque, al llevar á término sus propósitos, hará del Paraguay un país conocido en Europa, como lo son sus vecinos Uruguay y Argentina; sin más títulos ni derechos al crédito y á la consi-



deración del exterior, que la mayor atención prestada por sus gobernantes á los problemas sociales de su porvenir.

Nuestros saludos, pues, y nuestra felicitación sincera á Emilio Aceval, por la honrosa confianza que en él han depositado sus compatriotas, y nuestra felicitación también á los paraguayos, por la justicia con que han procedido. El pueblo que así sabe honrar á sus hijos merece que se le salute con respeto, como lo hace hoy el ALBUM SALÓN, desde sus humildes columnas.

VIDAL APARICIO



LA MEJOR CORONA

De añejos tiempos cuenta la historia,
que, abandonando su excelso altar,
al mundo un día bajó la Gloria,
buscando frentes que coronar.

Pronto, atraídos por sus destellos,
se congregaron al rededor
de la viajera, todos aquellos
que ambicionaban tan alto honor.

En busca de ella fué la hermosura,
los poderosos fueron también...
y la nobleza, casi segura
de ver orlada su altiva sien.

Allá los héroes, allá los sabios;
todos, en alas de la ambición,
sus grandes méritos llevando en labios,
pedían... pronta coronación.

Nadie el deseo formuló en vano.
A cuantos fueron á pretender,
la egregia dama, con propia mano,
cibió coronas de gran valer.

Diademas de oro, sargas preciosas
de nacaradas perlas del mar,
frescas guirnaldas de blancas rosas,
laurel y mirto, jazmín y azahar.

Breve, muy breve fué su trabajo;
pues, no sabiendo decir que no,
cuanto del cielo consigo trajo,
en un instante lo repartió.

A volver iba ya á su morada,
tras ese rasgo de esplendor,
cuando, de pronto, vió á una apartada
doncella, humilde, de hermosa tez.

Sencillo el traje, pobre el tocado,
en su cabeza ni un mal rubí...
la Gloria, al verla, corrió á su lado,
y cariñosa la dijo así:

« ¿Tú solamente nada me pides?
¿Nada ambicionas de mi poder?
¿Y es en la tierra donde resides?
¿Eres un ángel ó eres mujer? »

Muy poco vales... ó vales mucho.
¿De dónde vienes? ¿á dónde vas?
¿cómo te llamas? Habla, te escucho;
dime qué anhelas y lo obtendrás. »

Alzó los ojos al firmamento
la tierna niña, llenos de amor,
y contestóla con dulce acento,
como un arrullo de ruiseñor:

« ¿Por qué te extraña que no te busque,
que nada impetere de tu bondad...
si no hay riqueza que á mí me ofusque,
si no conozco la vanidad! »

« ¿Para qué quiero, Gloria, tus dones?
tal privilegio Dios me otorgó,
que, sin alardes ni ostentaciones,
mucho mejores los vierto yo. »

Yo, al que navega sin rumbo cierto,
duda de todo, mira y no ve...
para que encuentre seguro puerto,
la ardiente llama doy de la fe.

Yo, al que en el mundo llora á raudales,
en lucha siempre con el dolor...
constante alivio doy á sus males,
con la esperanza de otro mejor.

Yo, á los que apenas tienden el vuelo,
dice la suerte, reíd, triunfad...
para que paguen su deuda al cielo
doy por amiga la caridad.

Con lo que tengo contenta vivo,
gano el sustento con mi sudor,
y á nadie envidio; pues no concibo
que haya en el suelo dicha mayor.

Aunque en el cuerpo no luzco galas,
las de mi alma no tienen fin;
de la paloma tomo las alas,
cojo violetas en mi jardín.

Sin que me adornen ricas preseas,
tanto prestigio llegué á alcanzar,
que oigo á mi paso: « ¡bendita seas! »
y en cada pecho tengo un hogar.

Como la aurora sus rayos de oro,
la dicha esparzo do quier que voy;
no hay impureza donde yo moro
ni impera el vicio donde yo estoy.

Para ensalzarme, los trovadores
tañen las cuerdas de su laud;
soy... la que inspira castos amores,
soy... la inocencia, soy la Virtud.

Tu ofrecimiento mucho me obliga,
mas cuanto he dicho la verdad es:
si bien me quieres, deja que siga
modesta y pobre como me ves. »

SALVADOR CARRERA



ARTURO SERINÁ

EL CARNAVAL EN LOS SALONES